

RECUERDOS CON HISTORIA, XXX



Juan Eduardo Cirlot, con su colección de espadas

Mediada la década de 1970, recién organizada la Sección Catalana de la Asociación de Coleccionistas “El Cid”, supe de la amistad de mi abuela con la esposa de un coleccionista francés residente en Barcelona: Mr. Leboeuf, al que hice llegar información acerca de la Asociación y las reuniones que semanalmente manteníamos, los viernes, en la Biblioteca del Museo Militar del Castillo de Montjuïc. De inmediato me hizo saber que como coleccionista se consideraba “retirado”, sin apetecerle la relación con los que en la fecha figuraran en activo. No obstante, excepcionalmente se ofreció a mostrarme la colección que reuniera, años atrás.

Así pude visitar la oploteca de Mr. Leboeuf, con exposición de armaduras, espadas y dagas de los siglos XV, XVI y XVII. No tenía yo vistas piezas como aquellas en los anticuarios barceloneses y al comentárselo se interesó por la época en que personalmente centraba mi interés. Los siglos XVIII y XIX le dije, y le escuche concluir, impasible, que su interés finalizaba donde se iniciaba el mío.

Nada más exacto. No mostró deseo por conocer las piezas que yo tenía reunidas y por mi parte aprecié el interés de las suyas, pero no le envidié nada de cuanto me mostraba. No podría hoy identificar ninguna de aquellas armas pero sí recuerdo alguna anécdota que me contó, de cuando competía en la Barcelona de la posguerra con los pocos que entonces las coleccionaban. Citó al editor Barral y sobre todo, por lo obsesivo, al poeta y crítico de arte Juan Eduardo Cirlot, al que se había visto obligado a ceder determinada pieza de su colección, convencido de que negársela acabaría enfermándolo. La atracción que Cirlot afirmaba sentir por aquella pieza era tal, que a toda hora se lo encontraba ante su domicilio, necesitado de tenerla cercana.

Cuando he sabido de la inauguración en Arts Santa Mònica de la Exposición “Juan-Eduardo Cirlot - La Habitación Imaginaria” me he apresurado a visitarla ya que, más que las mismas armas me interesan hoy los que fueron sus coleccionistas; veo en ellos la “pieza” más perecedera y la más preciosa, de la que depende el interés que quepa imaginar de cuantas reunieron.

En noviembre de 1954 se publicaba en “Revista” el artículo “Mis espadas”, reproducido en el Catálogo de esta Exposición, en el que Cirlot exponía: *“Desde hace cierto tiempo, colecciono espadas antiguas, de los siglos XVI y XVII ya que no puedo encontrar las que me sumirían en la mayor de las alegrías: espadas de la Edad Media”.../... “Resulta que mis amigos y conocidos saben mis aficiones a lo extraño, lo perdido, lo oculto: al surrealismo, el simbolismo, la astrología, la alquimia, la morfología y la heráldica... pero en cambio se asombran ante mi reunión de espadas, esos seres vigilantes, silenciosos, quietos en su azul verticalidad negra, en su premeditada seguridad de filo y aguzada punta. Cada uno de los que en mi casa ve la serie de espadas, alineadas en soportes de hierro contra la pared dice lo suyo.*

Muchos sacrificios me han costado estas espadas, he llegado a justificar la frase que me dijo el anticuario Falgueras: “los coleccionistas ingleses de espadas van muy modestamente vestidos”, pero, al margen del placer estético que me proporciona de continuo mi verja de espadas; dando la razón a las protestas de los adversarios de mi colección, he llegado yo también a preguntarme por qué causa necesito yo poseer siete espadas”...

Cirlot, Leboeuf, Barral, pertenecieron a una “promoción” de coleccionistas anterior a la de cuantos integrábamos la Sección Catalana de “El Cid”, iniciados en la década de 1960 o en la de 1970, que el coleccionismo de armas antiguas diría se “democratizó”, dejó de ser privativo de unas determinadas clases sociales. Sus adeptos fuimos más numerosos pero también sufrimos la incompreensión de cuantos no compartían nuestro interés por ellas y asumimos sacrificios; hacer una colección requiere renunciar a mucho... ¿Cómo no llegar preguntarnos también, la causa por la que nos sentíamos seducidos por esta pasión?

Como Cirlot hubimos de conformarnos con aquello que había en el mercado, lo que al menos para mi no fue decepcionante. Disfruté con piezas que no me costaba imaginar empuñadas por personajes como los descritos por Pérez Galdós o por Pío Baroja. La creación del Museo Militar en el Castillo de Montjuïc supuso un beneficio para nuestra promoción de coleccionistas, como no disfrutó la anterior ni disfrutarán las nuevas, dando hospitalidad a la Sección Catalana de “El Cid”. ¡Qué bien se pasó allí! ¡Cuántas amistades se forjaron en ella!

Hoy me veo como hace cuarenta años encontré a Mr. Leboeuf: “retirado”, distanciado por un abismo de las nuevas promociones que centran su interés en épocas más recientes. El mío finaliza donde se inicia el suyo, probablemente ocurra siempre así.

Juan L. Calvó
Diciembre, 2011